



Artikel

Ricardo Piglia, la máquina de invención política y la civilibarbarie

Elsa Drucaroff (Universidad de Buenos Aires)

HeLix 10 (2017), S. 68-87.

Abstract

The antinomy of Civilization and Barbarism (*Civilización-Barbarie*) has been part of Argentine literature ever since its origin. A critical reading of post-dictatorship fiction shows that a radical change has occurred. Both concepts have become inextricably linked, thus resulting in *Civilibarbarie*. A thorough reading of Ricardo Piglia's ideas, as developed in his most important literary work, helps to understand that his critical approach, though still in terms of antinomy, allows to face the subsequent transformation. This article examines the history of the antinomy in Argentine and the political struggles it involves. The opposition *civilización-barbarie* becomes a residual component during the post-dictatorship era. Piglia's original reading of twentieth century works begins at the end of the military dictatorship, but reformulates the antinomy in such terms as to allow for a better understanding of the later Argentine narrative. All of this turns Piglia into the earlier period critic who is key to understanding nowadays Argentina.

All rights reserved. Dieser Artikel ist urheberrechtlich geschützt. Alle Rechte vorbehalten. Die Weiterverwendung des hier bereitgestellten Artikels ist ohne die ausdrückliche Genehmigung von HeLix (und/oder des Verfassers) nicht gestattet.

Ricardo Piglia, la máquina de invención política y la civilibarbarie

Elsa Drucaroff (Universidad de Buenos Aires)

La literatura argentina siempre estuvo atravesada por la antinomia “civilización-barbarie”, pero ya no lo está.¹ Efectivamente, una lectura crítica de las ficciones de postdictadura evidencia que algo se transformó radicalmente. Para entender qué es y en qué consiste este “algo”, propongo partir del pensamiento de Ricardo Piglia, el cual, si bien está construido desde aproximaciones en las cuales la vigencia de la oposición civilización-barbarie es evidente, en tanto trabaja influenciado todavía por esta antinomia, permite encarar esa transformación posterior. Esto hace de Piglia el crítico del período anterior que es eslabón clave para la comprensión de nuestro presente.

El desarrollo de esta hipótesis exige repasar un camino conocido. La oposición “civilización-barbarie” no solamente fue señalada por la crítica como una obsesión activa ya en el nacimiento de lo que se considera “la literatura argentina” (en tanto objeto de estudio), sino que podría entenderse incluso como el componente requerido por los estudiosos para leer en las obras literarias iniciales un punto de fundación de nuestro imaginario nacional literario.

Si la literatura es el espacio donde un país se piensa con la autonomía de la ficción, donde es dicho por sus traumas y sus preguntas, la cuestión “civilización-barbarie” suele ser una llave desde la cual organizar ese corpus de obras. Pero además, si trazar una historia literaria nacional implica construir un objeto, establecer un campo, y si esta empresa no es “natural” ni obvia sino una operación discursiva que instaure simultáneamente una tradición y, en esa operación, pone en juego intereses ideológicos y modos de entender la Historia, de afirmar *qué* es lo que pasó o *no pasó* en el campo literario, qué es lo que importa y lo que no,² modos de pelear por imponer un canon, entonces podemos suponer que leer la literatura argentina desde la oposición

¹ El primer desarrollo de esta hipótesis ha sido publicado en DRUCAROFF, *Los prisioneros de la torre*, 477-516. Fue posteriormente profundizada y analizada en numerosas obras más actuales (cfr., por ejemplo, DRUCAROFF, “El quiebre en la postdictadura: narrativas del sinceramiento”, en prensa).

² Cfr. WILLIAMS, *Marxism and Literature*, 115-120.

“civilización-barbarie”, reflexionar sobre ella, discutirla, fue en sí mismo un modo de discutir cuestiones políticas centrales en ese país.

La antinomia liberal

Entre 1916 y 1922, Ricardo Rojas publica su monumental *Historia de la Literatura Argentina* en ocho volúmenes, obra que busca constituir, legitimar y organizar por primera vez el objeto “literatura nacional”, acompañando así la instauración de Argentina como estado moderno. En su enorme construcción de tradición y canon, Rojas posiciona *El matadero* de Esteban Echeverría como el “primer cuento” escrito en nuestro país. *El matadero* no reviste forma de cuento tradicional, se trata de un texto híbrido donde se yuxtaponen la descripción costumbrista, el alegato político, la denuncia y la narración. Construyéndolo como “primer cuento”, Rojas inaugura una línea de lectura que se vuelve clásica. En *El matadero* la oposición “civilización-barbarie” es constitutiva y febril. Por eso Rojas, heraldo de la “civilización” con que la modernidad “iluminó” finalmente al estado argentino, lo elige para iniciar nuestra tradición narrativa.³

Pero al hacerlo, establece como origen una preocupación que efectivamente atravesaba los discursos convulsionados en donde se había discutido la construcción del Estado. La antinomia “civilización-barbarie” despertó obsesivas reflexiones y reformulaciones desde la primera mitad del siglo XIX: *El matadero* fue escrito, según su descubridor y divulgador Juan María Gutiérrez, en 1838; *Facundo: civilización y barbarie*, de Domingo Faustino Sarmiento, en 1848; *Amalia*, de José Mármol, en 1851. Son reflexiones que van cambiando pero giran siempre alrededor de este eje y penetran a su modo en el siglo XX. En sus variaciones, la oposición civilización-barbarie continúa, alucinación testaruda, sueño o pesadilla recurrente; retorna una y otra vez al pensamiento social.

En la mayor parte de las lecturas críticas de la literatura argentina que se hicieron hasta finales del siglo XX latió la oposición “civilización-barbarie” aunque no tuviera las mismas significaciones que en Echeverría, Mármol o Sarmiento. Desde luego, ésta

³ Cfr. ROJAS, *Historia de la literatura argentina*, V, 234.

aparece releída, discutida y revalorada, aunque siempre se la toma como el campo de batalla inevitable desde el cual pensar e intervenir en nuestra cultura.⁴

En el surgimiento de esta oposición, en el contexto de los escritores y pensadores de la llamada generación de 1837 y de la intelectualidad que se opuso al gobierno de Juan Manuel de Rosas, lo “civilizado” había sido la luz contra la oscuridad de la ignorancia y la violencia (lo cual tapaba el hecho de que la violencia estaba igualmente presente en todo el campo político, no solo en el rosismo).

Más adelante, ya constituido el estado nacional, el liberalismo mantuvo la oposición con idénticas valoraciones. Alejandro Horowicz subraya la extrema pobreza del debate ideológico cultural de las primeras tres décadas del siglo XX y las dificultades “para pensar un país radicalmente extraeuropeo, sudamericano”.⁵ Por un lado, dice, los intelectuales de la clase dominante parecen creer que reflexionar acerca de la especificidad argentina no es necesario y que toda posibilidad de producción cultural debe referenciarse exclusivamente en Europa; por el otro, el pensamiento obrero (una izquierda constituida mayoritariamente por inmigrantes) tampoco trasciende ese horizonte.

En oposición al desierto conceptual argentino de ese momento, llama la atención la riqueza del pensamiento de izquierda de dos intelectuales latinoamericanos, uno de las últimas décadas del siglo XIX, otro de comienzos del XX. En efecto, el cubano José Martí y el peruano José Carlos Mariátegui, si bien se encuadran en diferentes perspectivas (liberal, independentista y republicano, Martí; marxista, Mariátegui), entienden, pese a sus diferencias, “la necesidad de elaborar una propuesta política cultural capaz de sintetizar la especificidad de las formaciones históricas sudamericanas, de inteligir su propia tradición como parte de una historia más amplia, con raíces indígenas de coloratura propia e indisoluble”.⁶

Ahora bien, la comprensión de Mariátegui o Martí supera la antinomia civilización-barbarie, logra pensarla en otros términos. En cambio, en Argentina, ésta pervive. En un sentido Ricardo Rojas podría ser una excepción, ya que entiende nuestra cultura nacional como mezcla de lo europeo y lo autóctono; sin embargo, su nacionalismo tiende a un esencialismo metafísico que se esgrime, en última instancia, contra el alud

⁴ Para un panorama muy completo de esta antinomia y de su historia cfr. LOJO, *La “barbarie” en la narrativa argentina (siglo XIX)*.

⁵ HOROWICZ, *Las dictaduras argentinas*, 135-173.

⁶ *Ibid.*, 159

inmigratorio, y esto de alguna manera reconstruye la amenaza de lo bárbaro que disgrega y destruye nuestra sociedad y trae la alternativa antagónica de una civilización argentina que debe conservarse.

En definitiva, cuando las urgencias de la militancia antirosista desaparecen, el horizonte liberal mantiene la alternativa urgente “civilización o barbarie”, aunque ahora más teñida de escepticismo: se ha intentado construir la patria “civilizada” pero, citando aquel popular refrán español, pareciera pensarse que la “civilización” que se puede manifestar en Argentina es como la “seda” que viste a “la mona”. “Aunque la mona se vista de seda, mona se queda” ofrece una metáfora particularmente feliz, porque la barbarie abre un imaginario selvático, una no-civilización que siempre resiste, feroz, debajo de cualquier esfuerzo de barniz cultural en el país joven que es Argentina. En definitiva, según esta reinterpretación, los intentos vanos de domeñar el territorio salvaje se revelaron o se revelarán, tarde o temprano, como ilusorios.

En este sentido, la tesis de Horowicz acerca del desierto conceptual en los discursos que pensaron la Argentina durante las primeras décadas del siglo XX puede servir para vislumbrar qué es lo que persiste en el éxito de la fórmula “civilización o barbarie”, un dualismo que mantienen los intelectuales de las clases dominantes pero seduce también a los inmigrantes europeos que han traído al país ideas socialistas y anarquistas; éstos, en efecto, más que intentar pensar creativa y productivamente, remodelando experimentalmente sus ideas en el particular contexto social latinoamericano, tratan de que ese contexto encaje, aunque haya que forzarlo, en los discursos políticos europeos.

¿Qué persiste entonces en esta primera parte del siglo pasado, cuando se sigue reflexionando dentro de la fórmula civilización-barbarie? La negativa a generar un programa de posibilidades de cambio y desarrollo económico y cultural capaz de integrar a los habitantes originarios, el mestizaje criollo, los heterogéneos inmigrantes europeos y también asiáticos; el rechazo a establecer un proyecto capaz de defender intereses e identidades populares que habitan un territorio sudamericano y pretenden un camino propio, tanto en lo económico como en lo cultural y artístico. Esta es la limitación de la izquierda. Desde la derecha, por su parte, la antinomia civilización o barbarie legitima que el bando “civilizado” mantenga sin someter a crítica su profundo lazo con la prestigiosa Europa, lazo donde la riqueza literaria o cultural extranjera adorna a una

nación que, librada a su autonomía, “no tendría remedio”, lazo que en definitiva justifica y refuerza, en el terreno del capital simbólico, una dependencia económica irremontable, particularmente con el imperialismo británico.

La posibilidad de cuestionar estos vínculos aparecerá más adelante, pero cuando aparezca no podrá evitar plantearse adentro del mismo dualismo “civilización” o “barbarie”, cambiándole en todo caso el signo valorativo pero sin superarla.

La oposición a la hegemonía liberal

Las consecuencias de la crisis económica global de 1930 volvieron insoslayable organizar una nueva agenda política. Por eso, en esa década no solo se escribieron los primeros ensayos que registraban la dependencia económica nacional como problema,⁷ sino que también se produjeron las condiciones para un nuevo orden político. Pocos años atrás ya habían aparecido en la literatura creaciones vanguardistas propias, donde lo europeo era incorporado con acentos específicamente argentinos (basta pensar que la revista de la vanguardia eligió llamarse “Martín Fierro”).⁸

No obstante, la oposición “civilización” versus “barbarie” continuó, aunque ya se estaba resignificando: poco a poco, hubo quienes empezaron a colegir que ese relato maniqueo, y por ende simplificador, apoyaba y naturalizaba formas de la dependencia.

En la década siguiente, el escenario político se transformó con brutalidad: irrumpió intempestivamente el peronismo. Más allá de contradicciones y limitaciones, este movimiento significó la aparición de la clase obrera como actora en la democracia parlamentaria, su legitimación como fuerza política en un sistema de gobierno del que de hecho había estado, hasta ese momento, ausente.⁹ El peronismo transformó hasta la médula las formas de concebir la política y permitió que discursos recientes y poco pronunciados se abrieran paso. Así, se relea la oposición “civilización-barbarie” en clave antiliberal, se discute así abiertamente, en el terreno cultural, con el relato prácticamente único que estaba impuesto al respecto en Argentina.

⁷ Ejemplos de esta producción ensayística son las obras de Arturo Jauretche (cfr. *F.O.R.J.A. y la década infame, Manual de zoncetas argentinas o Los profetas del odio y la yapa*), de los hermanos Irazusta (cfr. *La Argentina y el imperialismo británico*) o la de Raúl Scalabrini Ortiz (cfr. *El hombre que está solo y espera*).

⁸ Para una lectura muy personal de la significación política de la revista *Martín Fierro* en tanto estallido de una vanguardia argentina, cfr. HOROWICZ, *Las dictaduras argentinas*, 135-173.

⁹ Cfr. HOROWICZ, *Los cuatro peronismos*.

Pero pese a esto, la oposición pervive. Parte central de esa discusión (protagonizada por las ideas revisionistas que interpretan la historia argentina en contra de la usual lectura liberal, y por los primeros pensadores de lo que se irá constituyendo como “izquierda nacional”) consiste en reivindicar lo “bárbaro” como lo vital y auténtico, la verdad de los oprimidos que lo “civilizado” habría acallado con su prestigio europeizante y antipopular. Se cuestiona la fácil demonización de la “barbarie” como otredad maldita cuando bien puede ser un orden valioso y alternativo, que se enfrenta contra una “civilización” que en realidad encubre intereses de clase, niega las raíces criollas y pone la expectativa en la ilustración de la burguesía francesa o del imperialismo británico.

Las oposiciones se siguen encolumnando bajo el eje civilización/barbarie, sólo que ahora la valorada es la segunda columna, enriquecida con palabras nuevas (caudillo = gaucho = hispanismo = nacionalismo = antiimperialismo) y el eje del mal pasa a ser ‘civilización = liberalismo = europeísmo = imperialismo = globalización’. La historia se concibe como una cíclica batalla en la que los protagonistas siempre son los mismos; el indio renace en el gaucho que renace en el obrero inmigrante o militante peronista.¹⁰

La concepción de dos términos escindidos continúa, aunque ahora se desnuden los enfrentamientos y contradicciones que antes se negaban. En el fondo, no se rompe la hegemonía liberal en tanto no se superan las presuposiciones del discurso dominante acerca de una dicotomía ineludible, solo se invierte la carga valorativa.¹¹

Además, esta seducción por lo “bárbaro” que ahora se explicita es, al mismo tiempo que inédita, una suerte de sinceramiento. Porque más allá de las convicciones y los discursos ideológicos que sostenían la importancia de que la “civilización” iluminara, la atracción de la “barbarie” sobre los intelectuales más “civilizados” de la Argentina ya estaba viva, paradójicamente, en el nacimiento mismo de la antinomia. Como la crítica señaló a menudo, late –callada, vergonzante (como elemento emergente, diría

¹⁰ GAMERRO, *Facundo o Martín Fierro*, 48-49.

¹¹ Cfr. RAITER, “Dominación y discurso. Signos imaginarios”. A lo largo de todo su artículo, el autor define el discurso hegemónico o dominante como “un sistema social de referencias semióticas: todo lo producido en una sociedad adquiere una significación particular en función de esas referencias establecidas” (*ibid.*, 20). El discurso dominante puede generar contra él discursos opositores o discursos subversivos. Los subversivos niegan de cuajo las referencialidades hegemónicas pero los opositores sólo contradicen el discurso dominante, sin escapar de las referencialidades que éstos imponen. Este sería el caso de las discusiones revisionistas de la oposición civilización-barbarie.

Williams)¹²– en la potencia literariamente innovadora con que Echeverría se permite construir a sus salvajes degolladores de unitarios en *El Matadero*, en la admiración soterrada, la pasión con que Sarmiento dibuja al personaje de Facundo Quiroga en su *Facundo*.¹³ Obras que habían reivindicado con fervor la “civilización” contra el “bárbaro” no podían evitar rendirse ante la intensidad del enemigo y lograr sus más altos momentos artísticos mientras intentaban conjurarlo.

Ya a mitad del siglo XX esta contradicción sigue vibrando en los ensayistas más literarios y potentes de Argentina. La oposición “civilización-barbarie” se manifiesta en el clásico ensayo de Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*, de 1957, con el consabido escepticismo acerca de las posibilidades de éxito de la “civilización” en nuestra patria, pero combinando la amargura con un amor irredento por el desierto incorregible, la bella pampa que, más allá del bien y del mal, avanza y devora todo intento de construir una cultura.¹⁴ Contemporáneamente con Martínez Estrada, este amor prohibido se admite sin ambigüedad en *La seducción de la barbarie* (1957) del filósofo argentino Rodolfo Kusch.

Nueva crítica literaria y la cuestión nacional

A la mitad del siglo XX nace una crítica literaria con profunda conciencia política. Es un pensamiento novedoso, no quiere dar la espalda al protagonismo obrero que el peronismo y su caída han abierto, sino que se propone leer las ficciones argentinas en su autonomía estética sin renunciar a entender allí luchas donde se dirimen definiciones de la patria y del continente latinoamericano. Al calor de la radicalización de la lucha de clases que se va produciendo en Argentina en las décadas que siguen al peronismo (cuyo segundo gobierno democráticamente elegido es destituido por una dictadura militar), aparece la Revista *Contorno* y, alrededor de ella, pensadores jóvenes que revisan la literatura, buscando entender la cuestión nacional ahora como cuestión artística, literaria.¹⁵ Es en

¹² WILLIAMS, *Marxism and Literature*, 121-127.

¹³ JITRIK, *El fuego de la especie*, 63-98.

¹⁴ MARTÍNEZ ESTRADA, *Radiografía de la pampa*.

¹⁵ La Revista *Contorno* fue elaborada por un grupo de intelectuales jóvenes entre quienes estuvieron Ramón Alcalde, Carlos Correas, Adelaida Gigli, Tulio Halperín Donghi, Noé Jitrik, Rodolfo Kusch, Oscar Masotta, León Rozitchner, Juan José Sebreli, Ismael y David Viñas. Publicó diez números entre 1953 y 1959 y dos “Cuadernos” entre 1957 y 1958. Replantea las relaciones entre literatura y sociedad y precisamente en ese examen, genera las condiciones de discusión en las cuales surge en la década siguiente la llamada “nueva

estas nuevas lecturas de la oposición “civilización-barbarie” donde hay que insertar, ya a comienzos de los años ochenta, el pensamiento de Ricardo Piglia y su particular novedad dentro de la antinomia. Son ideas que, como se enunciará más adelante, piden pensarse en el marco del páramo de muertos y derrotas que ya ha dejado la dictadura militar, todavía en el poder.¹⁶

El caldo de cultivo en el que Piglia se nutre aparece luego de la caída del peronismo, cuando nace una nueva crítica literaria. Ésta adopta posturas más complejas e interesantes alrededor de la oposición “civilización-barbarie”, en tanto no discute contra la mirada anquilosada liberal para optar por la “barbarie” (que sería, entonces, popular y revolucionaria) contra la “civilización” (elitista y reaccionaria); no cae en la trampa de elegir, aunque sí se concentra, admitiéndolo o no, alrededor de esa dicotomía, al tiempo en que comprende, quizás por primera vez, que ésta es apenas un discurso, una construcción imaginaria, y si operó y opera con tanta eficacia es porque constituyó y constituye la arena en la que se dirimen tensiones de clase.

El joven y radicalizado pensamiento crítico de esta segunda mitad del siglo XX no consideró la oposición como una esencia o verdad de nuestra literatura sino como (en palabras precisas de Noé Jitrik, en 1970) una “traducción” de “la guerra social”,¹⁷ es decir: una construcción discursiva que opera en el Orden de Clases,¹⁸ un relato que no da cuenta de un diagnóstico sobre lo que se iba formando o terminó siendo la patria, sino que es un ideograma y una ficción con la voluntad de justificar, explicar y también *congelar* significaciones claves en nuestra sociedad: lo bueno y lo malo, la meta noble versus la amenaza (destrutivo resultado posible), el orden nacional versus el caos y la disolución. Lo que las diferentes formulaciones de la antinomia construyen es leído ahora, en definitiva, como un relato del enfrentamiento de clases en una nación emergente que usó la literatura para fundarse y pensarse.

Se puede trazar con claridad la serie de pensadores que entiende el problema en este tenor: Julio H. G. Murena con *El pecado original de América*, Noé Jitrik con sus

izquierda” argentina, que incluye a una izquierda nacional influida por *Contorno* y por el pensamiento de los ensayistas previos (cfr. nota 7). Para la significación de esta revista, cfr. TERÁN, *Nuestros años sesentas*.

¹⁶ Para una lectura en esta clave de la discusión literaria que ensaya la novela de Ricardo Piglia *Respiración artificial*, cfr. DRUCAROFF, *Arlt, profeta del miedo*, 398-409.

¹⁷ JITRIK, “Para una lectura de Facundo, de Domingo F. Sarmiento”, 23.

¹⁸ Para un desarrollo exhaustivo de los conceptos Orden de Clases/Orden de Géneros, cfr. DRUCAROFF, *Otro logos*, 17-104.

lecturas del *Facundo* y de *El Matadero*, David Viñas con *De Sarmiento a Cortázar*, Josefina Ludmer con *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria* y Ricardo Piglia, cuyas ideas al respecto aparecen en novelas, artículos, entrevistas, intervenciones y clases.¹⁹ Esta sucesión insoslayable de nombres y obras permite pensar la literatura argentina con enorme productividad hasta el límite de la postdictadura; periodo en el que se produce un cambio fundamental: no hay “civilización” o “barbarie” entre las cuales optar, ni siquiera imaginariamente.

En resumen, como se ha visto, cada discusión alrededor de la cultura argentina se integró en el enfrentamiento “civilización-barbarie” y tomó partido en él, buena parte de las veces a consciencia. Durante el siglo XIX se esgrimió la primera contra la segunda como arma en la batalla conceptual; en el XX, con la creciente radicalización de la lucha de clases, la irrupción del proletariado en tanto actor político y el surgimiento de un pensamiento que se reivindicaba nacional, el signo “civilización” mostró que, tal y como dice Voloshinov, “cualquier palabra es un dios Jano de dos caras y el más valorizado de los elogios puede volverse el peor de los insultos”.²⁰ El combate arreció en la arena de la antinomia: la “barbarie” surgió como una lanza utópica posible contra una “civilización” a la que se le desnudaba su carácter opresor, no nacional y a favor de un modelo agro-exportador pro-imperialista.

La oposición civilización-barbarie surcó los siglos XIX y XX con toda la potencia voloshinoviana, es decir: ofreciendo sus dos significantes enfrentados como arena de la lucha de clases en la cual combatían valoraciones fundamentales y se discutía lo nacional. No obstante, esta antinomia ya no aparece en la nueva literatura argentina, al menos no en la literatura de los escritores nuevos que publican desde los años noventa. Y si alguna vez lo hace, o tiene ese evidente carácter que Williams denomina “residual”,²¹ o recibe un tratamiento visceralmente irónico, parodiado al límite, como ocurre en la reciente novela de Hugo Salas *El derecho de las bestias*, luego de la cual incluso la posibilidad misma de que la oposición aparezca como residuo parece condenada al ridículo. Más bien encontramos una “mancha temática” inédita que impregna buena parte de la producción actual: *la civilibarbarie*, que no es de ningún modo una arena conceptual en la que se

¹⁹ Cfr. PIGLIA, *Respiración artificial y Argentina en pedazos*.

²⁰ VOLOSHINOV, *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, 37.

²¹ WILLIAMS, *Marxism and Literature*, 121-127.

dispute sobre un país, aunque sí sirva para pensarlo, ficcionalizarlo y (en ese mismo acto) resistir.²²

Esta fusión de la antinomia presenta ambos términos como indiscernibles y naturalizados en su convivencia. La literatura de hoy ausculta e interroga a la civilibardbarie, intenta comprenderla más que juzgarla.²³ La profunda transformación que implica su presencia puede relacionarse con otras transformaciones de Argentina, del capitalismo, de los imaginarios nacionales y globales que surgen en la postmodernidad, puede vincularse a la tremenda crisis que avanzó en el país durante los años noventa y tuvo su clímax en el 2001, con la amputación brutal de un sector de la clase media, que fue arrojado a una pobreza de la cual se ha recuperado solo en parte y a la cual –en cíclica y suicida pesadilla– pareciera estar arrojándose de nuevo.

¿Qué es la civilibardbarie? Puesto que la antinomia “civilización–barbarie” siempre fue ambivalente, discutirla no es lo nuevo, lo nuevo es que en el paisaje de la derrota de postdictadura que observan los nuevos escritores y escritoras (los prisioneros arriba de la torre) ya no hay *dos*.²⁴ En el *sustantivo único* civilibardbarie conviven sin conflicto dos términos durante tanto tiempo conflictivos: la civilización es en sí misma barbarie, la barbarie es civilización.²⁵ Cabe indicar que esta nueva tendencia no significa que no

²² El concepto de mancha temática es una herramienta que utiliza constantemente la crítica de David Viñas, aunque él nunca se detenga a definirla. Leyendo su obra, Nicolás Rosa la considera una unidad fundamental que “aparecería como un espacio temático que significa –que irradia– por impregnación y contagio: un espacio de significados que actúa por contigüidad. Es posible formularla como un verdadero campo semántico unívoco: para no correr el riesgo de ‘solidificarla’ [Viñas] apela a la metáfora de la ‘mancha’ que alude a su impregnabilidad: un ‘tema’ que se ‘extiende’ longitudinalmente para encontrar la dimensión ‘historia’” (ROSA, “Viñas: las transformaciones de una crítica”, 123).

²³ Para un desarrollo detallado y una demostración extensa de esta hipótesis cfr. DRUCAROFF, *Los prisioneros de la torre. Política, relatos y jóvenes en la postdictadura*, 477-516.

²⁴ He definido la posición de observación del mundo de estas nuevas camadas literarias como la de prisioneros que ocupan el piso de arriba de una torre humana (de acróbatas) en la cual se representaría la sucesión de generaciones. Los de arriba dependen de quienes nacieron antes y los hicieron venir al mundo, pero están en el tope de la torre y ven cosas que los de abajo no pueden ver. En ciertos momentos históricos el deslumbramiento por la posibilidad de contemplar ese paisaje es fundamental, pero a diferencia de otros momentos, aquéllos a quienes les tocó ser jóvenes de postdictadura sintieron con mucha más fuerza su dependencia de los hombros que los sostenían (hombros vacilantes y frustrados a los que estaban aprisionados), que la borrachera de poder y el privilegio de contemplar el horizonte futuro. Es que además, el horizonte nuevo que se les ofrece a la visión es el paisaje diezmado de la derrota, la ausencia de futuro. La profundización, justificación y ejemplificación de esta metáfora excede las posibilidades de este artículo (cfr. DRUCAROFF, *Los prisioneros de la torre. Política, relatos y jóvenes en la postdictadura*).

²⁵ Para un análisis detallado de más obras literarias escritas por las generaciones de postdictadura en diferentes regiones argentinas, donde aparece con protagonismo el tópico de la civilibardbarie, a veces incluso como dispositivo narrativo estructurante, cfr. DRUCAROFF, “Sacarse la careta. Sobre la civilibardbarie en obras recientes de la NNA” junto con la ponencia con título similar donde se analizan otras obras literarias: DRUCAROFF, “Sacarse la careta. Sobre la civilibardbarie en tres obras recientes de la NNA”.

encontremos hoy en lo que escriben los nuevos la vieja oposición civilización-barbarie, pero las pocas veces en que aparece es apenas, como ya se ha dicho, un dispositivo libre de intenciones prescriptivas o aleccionadoras, se ha transformado en un elemento residual. Es decir, se despliega solamente como un mecanismo que simplemente produce ficción y, a diferencia del siglo anterior, es claramente consciente de su autonomía estética: un modo de nombrar el pasado, la tradición, situarse en un linaje tan solo para mostrar que ese linaje existió. Es cierto que algunas veces ciertas obras muy actuales seleccionan intencionalmente ese rasgo de la tradición, pero lo hacen para trabajar con una nueva realidad atroz en la cual civilización y barbarie son indiscernibles y su simbiosis no conlleva ninguna tensión. Así elaborada, el viejo dualismo como residuo puede verse en novelas centrales de la nueva narrativa argentina: entre otras, *Las Islas*, de Carlos Gamerro, *El año del desierto*, de Pedro Mairal o *La Virgen Cabeza*, de Gabriela Cabezón Cámara; también puede verse como ironía en relatos de Bruno Petroni. En cambio, la civilibarbarie opera espontáneamente, como certeza naturalizada, en gran parte de la literatura que hoy se escribe, por ejemplo en *Los mares de la luna*, de Luis Sagasti, *Entre hombres*, de Germán Maggiori, *Reality*, de Beatriz Vignoli, *Bajo este sol tremendo*, de Carlos Busqued, *Polígono Buenos Aires*, de Marcos Herrera, *Chicos que vuelven*, de Mariana Enríquez, *Kryptonita*, de Leonardo Oyola y muchas obras más.²⁶

La irrupción de la civilibarbarie transformó tópicos sobre los que la crítica literaria de la segunda mitad del siglo XX había hecho lecturas deslumbrantes que parecían definitivas. David Viñas recorrió con detenimiento las representaciones de las relaciones entre la clase dominante y la trabajadora, o del viaje desde la tierra propia y periférica a los lugares centrales, estudiándolas en obras que atravesaban un siglo y medio de la historia nacional.²⁷ Pero el eje con el que su mirada logró organizar este relato cronológico no da cuenta del hoy. Las representaciones del viaje o del exilio desde la tierra bárbara a la “superior”, por ejemplo, mutaron drásticamente: tal vez porque en la experiencia biográfica de las generaciones de postdictadura, este viaje no ha remitido a un exilio político, como sí lo hizo desde los tiempos de Rosas hasta los de la última dictadura

²⁶ Una excepción a esta generalizada mirada escéptica, irónica o indiferente hacia la dicotomía es la trilogía de Hernán Ronsino, que en sus novelas *La descomposición*, *Glaxo* y *Lumbre* retoma con cierta unción lugares comunes que fueron muy potentes en la literatura del siglo pasado y construye un universo literario donde se cruzan los ecos de la sintaxis barroca y el objetivismo de Juan José Saer con las preguntas y obsesiones de Ricardo Piglia.

²⁷ Cfr. VIÑAS, *De Sarmiento a Cortázar*.

militar, sino a un exilio económico, lo cual no hizo del destierro algo menos urgente y doloroso. Pero más allá del desarraigo que ambos “viajes” contienen, lo que leo de diverso en las ficciones nuevas es que ha caído la construcción del acá y el allá como lugares irreductibles (a la manera de *Rayuela* de Cortázar, por ejemplo) y también el prestigio indiscutible del afuera, del “primer mundo” “civilizado”. Simultáneamente con esa caída, terminó además la idea de frontera. Como puede leerse en varios cuentos de Samanta Schweblin, los viajes se han vuelto estáticos, en tanto trasladarse no es lo mismo que llegar a un lugar,²⁸ o es un movimiento abstracto, desenraizado de un entorno geográfico concreto. Esta mirada modifica la construcción de los espacios urbanos. *Frenesí*, la novela de José María Brindisi, es otro ejemplo de este fenómeno; también lo es el poema “Egipto”, de Sergio Raimondi.

Ricardo Piglia, la bisagra

¿En qué se relaciona esta novedad con las potentes interpretaciones que propone Ricardo Piglia para la literatura argentina anterior a la de postdictadura? Como se planteó al comenzar este artículo, consideramos que el pensamiento del escritor y crítico literario funciona como bisagra para entender el paso de una relación de mera oposición entre civilización y barbarie a su fusión, no porque haya trabajado afuera de esa antinomia sino porque nos ha provisto de las herramientas que, extrapoladas, pueden dar cuenta de algo que viniendo de antaño, pervive, no obstante, en las transformaciones de hoy. Su pensamiento crítico marca un límite pero también un comienzo: es tal vez la única herramienta de entonces que sigue operando con fuerza en la literatura argentina reciente. Aunque Piglia no menciona nunca la civilibárbare, relea la dicotomía desde una posición intempestiva, contestataria, y traza su lectura de la literatura nacional en diálogo con ella, pero no es sólo un diálogo donde la interpreta. Piglia entiende a la literatura como un espacio para imaginar creativa, subversivamente, lo político. Su mirada se relaciona con la de Murena, quien dice que la condición bárbara de Argentina es su pecado y su deuda *pero también su riqueza, su posibilidad misma de creación*. Sobre esos ejes Piglia lee allí donde Murena deja de leer, aunque se aleja de ese referente en tanto no entiende a la “barbarie” como “condena” (o ambigua bendición) metafísica por la cual los creadores

²⁸ Para un ejemplo de este nuevo tratamiento del desarraigo y el viaje, cfr. DRUCAROFF, “El sin fin de lo mismo. Sobre ‘Hacia la alegre civilización de la Capital’, de Samanta Schweblin”.

del nuevo continente purgarían creativamente su carencia; no la lee como reducto de cierta esencia propia o “nacionalidad” para resistir al europeísmo, o como verdad popular contra la oligarquía liberal, o como atractivo y peligroso caos dionisiaco contra el helado orden de las clases dominantes. Leyendo los numerosos abordajes a obras argentinas que hizo Piglia a lo largo de su producción tanto ensayística como ficcional, entendemos en cambio que para él la “barbarie” no es bárbara, es un tremendo, apasionado dispositivo para construir relatos, ficciones que activan lo político, una fuerza de producción en el sentido marxista del término. La literatura es la “barbarie” de la imaginación y, el pensamiento, la ficción es una potencia “bárbara”, rizomática y poderosa contra la verdad oficial. Y en esta concepción, aunque no se exprese así, la literatura es profundamente civilibárbara. Opera porque permite imaginar-representar-reformular lo político, genera la fuerza de negatividad adorniana para pensar *lo alternativo*.²⁹

Piglia hila, pone en serie a escritores argentinos fundamentales de los siglos XIX y XX. Atravesado por lo estético, lo político aparece en las obras que él analiza como algo desnudado de las vestimentas legales y racionales que suelen encubrir las relaciones de poder y control. Piglia lee a Sarmiento, Borges, Macedonio, Gombrowicz, Cortázar, Arlt, Saer, Walsh o Puig en el tránsito de la fundación de la patria a la política argentina moderna, y dibuja un mapa de lo político en la literatura, pero no desde lo referencial. No apunta necesariamente a hechos históricos representados o a contenidos ficcionales, traza su mapa desde una sensibilidad que no se reduce a pensar contenidos, observa desde las posibilidades literarias de movilizar las significaciones quietas y congeladas, movilización que irrumpe a veces de las tramas pero también de los procedimientos.

Ahora bien, en su mirada, civilización y barbarie siguen ahí siempre de algún modo, como dos polos. De los aportes de Piglia se colige que, en última instancia, las posibilidades de trastornar, de perturbar políticamente, existen para la literatura argentina solo en la medida en que surgen de la confrontación entre la civilización y la barbarie; las lecturas que Piglia propone para las obras que trabaja siempre ponen en jaque esos polos, los denuncian como figuras reificadas pero también los retoman con enorme tensión.

²⁹ Eso se hace patente, por ejemplo, en la lectura de Piglia de Macedonio Fernández: “Contra la resignación del compromiso realista, el anarquismo macedoniano y su ironía. [...] Si la política es el arte de lo posible, el arte del punto final, entonces la literatura es su antítesis. Nada de pactos ni transacciones, la única verdad no es la realidad. Frente a la lengua vigilante de la *real-politik*, la voz argentina de Macedonio Fernández” (PIGLIA, *Crítica y ficción*, 131).

La lectura que él hace de la literatura argentina realiza una operación similar a la que él mismo propuso, años atrás, para un asunto puntual en el campo literario: la supuesta dicotomía “Borges-Arlt” (una dicotomía que además, tal vez, reformule matices del dualismo “civilización-barbarie”, en tanto reivindica lo popular –Arlt– contra lo entonces considerado europeizante, aristocrático, elitista –Borges–). Esa oposición, cuya falta de perspicacia crítica hoy es evidente, había sido esgrimida en aquellos turbulentos años sesenta y setenta como arma política: era la mirada alternativa, la que traía una perspectiva de izquierda sobre la literatura argentina. Esta perspectiva se heredó de algún modo de la revista *Contorno*, no tanto porque esa revista la haya formulado sino porque reivindica apasionada y provocativamente a Roberto Arlt en momentos en que este último, que había muerto más de una década atrás, era bastante despreciado por el *status quo*; y lo hace planteando ciertas discusiones político-literarias que continúan en los años 70. En ese momento, la oposición condensó una batalla real por la cual la izquierda disputaba a la derecha su hegemonía en la cultura pero la dicotomía siguió, ya congelada, y así llega a comienzos de la década del 80, cuando está terminando la dictadura.³⁰

En ese mismo momento Piglia supo librarnos de ella: en efecto, en *Respiración artificial* la retoma, pero para reformularla quitándole todo juicio de valor: Borges lleva (dice Renzi, el personaje de Piglia) la estética decimonónica a la más refinada parodia extrema, y en ese mismo acto clausura una estética y también una etapa, clausura el siglo XIX; por su parte, Arlt abre el siglo XX: “Con la muerte de Arlt, dijo Renzi. Ahí se terminó la literatura moderna en la Argentina, lo que sigue es un páramo sombrío”.³¹ Tal como he sostenido en mi ensayo sobre Roberto Arlt:

Cuando el proyecto de construcción de otra Argentina ha sido ahogado en sangre, el escritor que la izquierda llevó como bandera de una contra-tradición nacional es esgrimido una vez más, luz en un páramo sombrío. ‘No hay nadie’, ‘no tienen a nadie’, parece espetarle Renzi al Estado: ‘Ustedes podrían reivindicar la tradición del siglo XIX, reconocerse en ella, pero ha sido cerrada, genial y definitivamente, por uno de sus más dilectos hijos: el que hoy la perpetúa sólo puede caer en el ridículo. De una tradición nueva, nacida en esta Argentina moderna donde ustedes acaban de culminar su masacre, lo único que hay es nuestro, y no pudieron derrotarlo. El proyecto anti-popular y anti-obrero no triunfó en la cultura argentina’. Dibujando la oscuridad absoluta en una modernidad donde sólo hay lugar para Arlt, *Respiración artificial* actúa como los heroicos derrotados de Numancia y Masada: construye un páramo sin riqueza ni vida para responder la victoria del enemigo.

³⁰ Para un análisis detallado de los combates culturales alrededor de la figura de Roberto Arlt desde los años 20 hasta la postdictadura, cfr. DRUCAROFF, *Arlt, profeta del miedo*, 319-411.

³¹ PIGLIA, *Respiración artificial*, 161.

El que entra al territorio vencido no encuentra nada de qué apropiarse: Borges ha sido cooptado por los vencidos, que lo entienden como la derecha no logró entenderlo jamás y lo eliminan, simultáneamente, como posible botín: su escritura es clave, fundamental, pero anacrónica. En cuanto a Arlt, es irreductible para cualquier otra tradición que no sea *la nuestra*.

[...] Este nuevo relato de la historia de la literatura argentina logra lo que antes nunca se había logrado: si cada perspectiva, ya desde las clases dominantes, ya desde el campo popular, había precisado ignorar, suprimir, descalificar y eliminar a Arlt o a Borges para construir una tradición nacional que la legitimara, ahora la mirada de izquierda [...] ha incluido a ambos, pero no en una suerte de pacífica y estúpida reconciliación [...]. Borges revisa, parodia, impugna, cuestiona, integra y cierra. Inopinadamente, Arlt abre una puerta nueva. Es un chico malo, cómo perdonarlo: hace entrar a la literatura a la modernidad dándole una formidable patada en el trasero.³²

Con esta interpretación, sumergido en el territorio arrasado por 30.000 desaparecidos y el aniquilamiento de casi toda la fuerza crítica pensante argentina, Ricardo Piglia resiste: si la izquierda había hecho de “Arlt es nuestro” una consigna, él agrega: “¡Borges también!”. Se apropia para “nosotros” del enorme escritor que su bando desprecia por derechista. En lugar de retomar la antítesis Borges-Arlt, continuando anacrónicamente una oposición civilización-barbarie efectiva en las batallas de la anterior radicalización política, o en lugar de inventar (como hizo Viñas) una dudosa nueva antinomia que agite el avispero en los nuevos tiempos (“si me apuran, Walsh es mejor que Borges”),³³ el autor de *Respiración artificial* asume, en los albores de la postdictadura, la derrota como resiliencia.³⁴ Integra civilización con barbarie para precisar la continuidad en su tensión, para proponer nuevos términos donde la antinomia no persiste, termina pero no para ganar armonía y reconciliación sino para reelaborar el modo en que la literatura sigue siendo superficie de combate por los significados.

Hemos afirmado que, como lector de la literatura argentina, Piglia repite lo que dice que hizo Borges como escritor. Es que él también lee cerrando conscientemente un ciclo, para permitir que comience otro: cierra el ciclo durante el cual la crítica literaria acompañó como herramienta intelectual al movimiento de radicalización política; inicia

³² DRUCAROFF, *Arlt, profeta del miedo*, 407-8. El subrayado es de la cita.

³³ AULICINO/MULEIRO, “Entrevista: David Viñas. ‘Si me apuran, digo que Walsh es mejor que Borges’”.

³⁴ En 1981, cuando aparece la novela, los militares continúan en el poder; sin embargo, están perdiendo a pasos acelerados la enorme legitimidad social y la aceptación que tuvieron. Ya han terminado la cacería y el exterminio de los militantes y del movimiento social para el que fueron convocados por los sectores dominantes de la población civil, una paz de postguerra inunda la patria y las clases dominantes empiezan a pedir el retorno al juego político electoral.

el que se abre al final de la dictadura militar: el de la resistencia intelectual en la catástrofe que queda, la postdictadura. Mientras David Viñas propone nuevas antinomias, usando herramientas viejas en un contexto en el que ya no operan, este nuevo trabajo crítico asume que se ha perdido la batalla. No obstante la oposición civilización-barbarie sigue funcionando para pensar los autores que él reivindica. Todavía es explicativa, todavía está vigente.

En cambio, en la Nueva Narrativa Argentina (la que publican los jóvenes desde los años noventa, los que nacieron a la conciencia ciudadana después de la masacre) esta oposición se vuelve inane. *Dos* términos ya no tienen más sentido. Pareciera que cuando el capitalismo se sacó la careta y devino salvaje, apareció un nuevo ideograma, la civilibábarie, y llegó para quedarse. Es como si la lectura de Piglia respondiera con fuerza a preguntas de las generaciones que intentaron el cambio radical en la sociedad argentina y fueron vencidas, no a las producciones de “los prisioneros de la torre”.

Pese a eso sus ideas tocan con mucha fuerza rasgos claves de la literatura de estos “prisioneros de la torre”. En primer lugar, podrían entenderse desde Piglia, con su idea de “máquinas narrativas”, cierto tipo de obras que aparecen en los 90: primero, como dispositivos solamente triviales, inanes y malabaristas (como éstos a los que nos acostumbró César Aira, precursor fundamental de la nueva narrativa), pero luego como dispositivos de potencia que, no obstante, aprovechan ese efecto “porque sí” que caracteriza el aporte de Aira. También, en el mismo orden, pueden entenderse las dificultades de una parte de las narraciones de postdictadura para hacer andar la sintaxis narrativa (por ejemplo los minimalismos notables del primer Martín Rejtman, la voluntaria no causalidad o proliferación inmotivada que impregna muchos cuentos de Patricia Suárez o de Luciano Lamberti, la novela *Los topos* de Félix Bruzzone). En suma, se podría decir que aquellas ficciones del siglo pasado en las que Piglia mostraba cómo se tejían con intensidad hilos políticos, haciéndolos proliferar como máquinas febriles donde el complot y la paranoia estaban a la orden del día, continúan en los nuevos de postdictadura aunque pierden toda pasión. Y podríamos agregar que esta pérdida es lúcida y no una consecuencia de la despolitización. Al contrario, es la conciencia de que el entorno, la situación misma de la patria, ha vuelto absurdo el hecho de *contar algo*, entonces lo que no es absurdo es contarlo igual, hacerlo a contra corriente, con escepticismo o aparente indiferencia, hacerlo con acidez, con ironía, hacerlo casi como si

fuera ridículo. Estas formas de sintaxis narrativa cuya proliferación también es incesante pero ahora reniega de causalidades y motivaciones podrían leerse desde Piglia, agregando que lo que para él es derrota, para estos escritores y escritoras es simplemente un desencanto con el que ya han nacido.³⁵ Desde esa percepción ellos crean sus nuevos procedimientos.

En segundo lugar, sobre todo en pocas obras anteriores al 2001 como *El muchacho peronista*, de Marcelo Figueras o *Las Islas*, y en muchísimas posteriores a esa fecha, lo que Piglia señaló respecto de la máquina narrativa y la política reaparece: la conspiración, el dispositivo desatado de narrar soñando contra el poder, la violencia y el crimen como productores de ficción. La anteúltima novela de Marcelo Figueras, *El rey de los espinos*, es particularmente reveladora en ese aspecto y permite lecturas muy ricas desde la idea de civilizarbarbarie.³⁶

¿Será que algo de la postdictadura terminó, será que reapareció cierta posibilidad política de imaginar algún futuro, de enfrentar algún conflicto? ¿Será que ese enfrentamiento no tiene más la ingenuidad de una fácil dicotomía, por criticada que sea? En todo caso, la batalla ya no opone ideales extremos porque tampoco los concibe, no cuenta con utopías a las que llegar, aunque la misma definición de la utopía muestre que jamás se llega. La indiscernible y horrenda civilizarbarbarie es lo que hay, resistir consiste en comprenderla porque, como dice Andrés Neuman, otro escritor de la nueva narrativa argentina, a una época no se la refuta, se la comprende.³⁷ Y comprender el propio presente, por oscuro que sea, es el modo de señalar un futuro.

³⁵ Es paradigmático, para la expresión de este desencanto, el epígrafe de Anthony Burgess que elige Juan Forn para iniciar un libro fundacional de la NNA: *Nadar de noche*: “¿Quién no ha sido defraudado? No pensemos, sin embargo, que el culpable es un sistema, o la sociedad, o un Estado, o una persona. Son nuestras ilusiones las que nos van defraudando. Todo comienza en el calor del vientre materno y el descubrimiento de que hace frío afuera. ¿Y acaso es culpa del frío que alguien tenga frío?” (FORN, *Nadar de noche*, 7).

³⁶ El final de la oposición civilización-barbarie en la ficción actual tiene un complejo correlato en el reciente ensayo de Carlos Gamerro, *Facundo o Martín Fierro. Los libros que inventaron la Argentina*, donde el gran novelista de postdictadura propone una ucronía crítica: su juego nace de invertir la afirmación de Borges acerca de que Argentina eligió como “su clásico” el *Martín Fierro*, pero su historia hubiera sido “mejor” (¿sin peronismo?) si hubiera elegido el elogio de la civilización que es el *Facundo* de Sarmiento, un autor a quien, dice Gamerro, “podrían aplicársele las palabras que el narrador de *El gran Gatsby* dedica a su protagonista: ‘Surgió de su propia concepción platónica de sí mismo’” (GAMERRO, *Facundo o Martín Fierro*, 28). Si el Gamerro narrador escribió “soñando contra el poder”, para citar a Piglia, el Gamerro crítico lee dentro del mismo sueño y si retoma la oposición civilización y barbarie es para parodiarla en el más preciso sentido bajtiniano.

³⁷ “Me disgustan las caricaturas de la posmodernidad. [...] El presente es el lugar desde el que hablamos todos: resulta imposible dejar de habitar el siglo en que vivimos. Las épocas no se eligen; se procesan.

Por todo esto, Ricardo Piglia es el crítico de la generación de militancia que abre la posibilidad de una crítica de postdictadura, un pensamiento político sobre la literatura que esté libre de la nostalgia inútil, que se enraíce en el torrente siempre voluptuoso del presente.

Bibliografía

Fuentes

- BRINDISI, JOSÉ MARÍA: *Frenesí*, Buenos Aires: Emecé 2006.
- CABEZÓN CÁMARA, GABRIELA: *La virgen cabeza*, Buenos Aires: Eterna Cadencia 2009.
- ECHVERRÍA, ESTEBAN: *La cautiva. El matadero*, Buenos Aires: Huemul 1979.
- ENRÍQUEZ, MARIANA: *Chicos que vuelven*, Villa María: EDUVIM 2011.
- FIGUERAS, MARCELO: *El muchacho peronista*, Buenos Aires: Planeta Biblioteca del Sur 1992.
- *El rey de los espinos*, Buenos Aires: Alfaguara 2014.
- FORN, JUAN: *Nadar de noche*, Buenos Aires: Planeta Biblioteca del Sur 1991.
- GAMERRO, CARLOS: *Las Islas*, Buenos Aires: Simurg 1998.
- LAMBERTI, LUCIANO: *El asesino de chanchos*, Buenos Aires: Tamarisco 2010.
- MAGGIORI, GERMÁN: *Entre hombres*, Buenos Aires: Alfaguara 2001.
- MAIRAL, PEDRO: *El año del desierto*, Buenos Aires: InterZona 2005.
- NEUMAN, ANDRÉS: *El equilibrista*, Barcelona: El Acantilado 2005.
- OYOLA, LEONARDO: *Kriptonyta*, Buenos Aires: Mondadori 2011.
- PETRONI, BRUNO: *Los chicos y las guerras*, Buenos Aires: Mil Botellas 2012.
- *La revolución de los justos*, Buenos Aires: Mil Botellas 2015.
- PIGLIA, RICARDO: *Respiración artificial*, Buenos Aires: Pomaire 1981.
- *Crítica y ficción*, Buenos Aires: Seix Barral 1986.
- *La Argentina en pedazos*, Buenos Aires: la Urraca 1993.
- *Las tres vanguardias. Saer, Puig, Walsh*, Buenos Aires: Eterna Cadencia 2016.
- REJTMAN, MARTÍN: *Rapado*, Buenos Aires: Planeta Biblioteca del Sur 1992.
- RONSINO, HERNÁN: *La descomposición*, Buenos Aires: InterZona 2008.
- *Glaxo*, Buenos Aires: Eterna Cadencia 2009.
- *Lumbre*, Buenos Aires: Eterna Cadencia 2013.
- SAGASTI, LUIS: *Los mares de la luna*, Buenos Aires: Sudamericana 2005.
- SALAS, HUGO: *El derecho de las bestias*, Buenos Aires: InterZona 2015.
- SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO: *Facundo*, Buenos Aires: Selectas SRL, 1965.
- SCHWEBLIN, SAMANTA: *El núcleo del disturbio*, Buenos Aires: Destino 2009.
- *Pájaros en la boca*, Buenos Aires: Emecé 2009.
- SUÁREZ, PATRICIA: *Esta no es mi noche*, Buenos Aires: Alfaguara 2005.
- *Perdida en el momento*, Buenos Aires: Alfaguara 2004.
- VIGNOLI, BEATRIZ: *Reality*, Buenos Aires: Bajo la luna 2014.

Refutarlas en bloque no tiene nada de ejercicio crítico, sino de salida por la tangente” (NEUMAN, *El equilibrista*, 134).

Literatura crítica

- AULICINO, JORGE/ VICENTE MULEIRO: “Entrevista: David Viñas. ‘Si me apuran, digo que Walsh es mejor que Borges’”, Revista *Eñe* de Clarín, Buenos Aires, el 26 de junio de 2004.
- DRUCAROFF, ELSA: *Arlt, profeta del miedo*, Buenos Aires: Catálogos 1998.
- “El sin fin de lo mismo. Sobre ‘Hacia la alegre civilización de la Capital, de Samanta Schweblin’”, NOÉ JITRIK (comp.): *Aventuras de la Crítica. Escrituras Latinoamericanas en el Siglo XXI*, Buenos Aires: Alción Editora ILH Instituto de Literatura Hispanoamericana, 2006, 121-128.
- *Los prisioneros de la torre. Política, relatos y jóvenes en la postdictadura*, Buenos Aires: Emecé 2011.
- “Sacarse la careta. Sobre la civilizarbarie en obras recientes de la NNA”, LILIANA MASSARA/ RAQUEL GUZMÁN/ ALEJANDRA NALLIM (eds.): *La literatura del Noroeste Argentino. Reflexiones e Investigaciones*, Vol. III. (UNJU – UNAS – UNT), San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy 2013.
- *Otro logos. Signos, política, discursos*, Buenos Aires: Edhasa 2016.
- “Sacarse la careta. Sobre la civilizarbarie en tres obras recientes de la NNA”, VV. AA., *Actas de las Primeras Jornadas de Lectura Literaria y Alfabetización Académica*, “Nuevos abordajes sobre temas recurrentes. Civilización y Barbarie del siglo XIX al siglo XXI”, Universidad Nacional Arturo Jauretche Florencio Varela (Pvcia. de Bs. As.), 27 y 28 de septiembre de 2012, en prensa.
- “El quiebre en la postdictadura: narrativas del sinceramiento”, NOÉ JITRIK (director de obra)/JORGE MONTELEONE (ed.): *Una literatura en aflicción. Historia crítica de la Literatura Argentina*, Buenos Aires: Emecé, en prensa.
- GAMERRO, CARLOS: *Facundo o Martín Fierro. Los libros que inventaron la Argentina*, Buenos Aires: Random House Mondadori 2015.
- HOROWICZ, ALEJANDRO: *Los cuatro peronismos*, Buenos Aires: Legasa 1985.
- *Las dictaduras argentinas. Historia de una frustración nacional*, Buenos Aires: Edhasa 2012.
- IRAZUSTA, RODOLFO/ JULIA IRAZUSTA: *La Argentina y el imperialismo británico. Los eslabones de una cadena 1806-1833*, Buenos Aires: Tor 1934.
- JAURETCHÉ, ARTURO: *F.O.R.J.A. y la década infame*, Buenos Aires: Coyoacán 1962.
- *Manual de zonceras argentinas*, Buenos Aires: Peña Lillo 1968
- *Obras completas. Los profetas del odio y la yapa*, Vol. IV, Buenos Aires: Corregidor 2002.
- JITRIK, NOÉ: “Para una lectura de Facundo, de Domingo F. Sarmiento”, *Ensayos y estudios de literatura argentina*, Buenos Aires: Galerna 1970.
- “Forma y significación en *El Matadero*, de Esteban Echeverría”, *El fuego de la especie*, Buenos Aires: Siglo XXI 1971, 63-98.
- KUSCH, RODOLFO G.: *La seducción de la barbarie*, Buenos Aires: Raigal 1953.
- LOJO, María Rosa: *La “barbarie” en la narrativa argentina (siglo XIX)*, Buenos Aires: Corregidor 1994.
- LUDMER, JOSEFINA: *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, Buenos Aires: Sudamericana 1988.
- MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL: *Radiografía de la pampa*, Madrid: ALLCA XX/Universidad de Costa Rica 1996.

- MURENA, HÉCTOR A.: *El pecado original de América*, Buenos Aires: Sur 1954.
- RAITER, ALEJANDRO: “Dominación y discurso. Signos imaginarios”, *Margen Izquierdo* I, 1 (1989), 17-21.
- ROJAS, RICARDO: *Historia de la literatura argentina; Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, 9 vols, Buenos Aires: Guillermo Kraf 1960.
- ROSAS, NICOLÁS: “Viñas: las transformaciones de una crítica”, *Los fulgores del simulacro*, Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, Departamento de Extensión Universitaria 1987, 118-133.
- SCALABRINI ORTIZ, RAÚL: *El hombre que está solo y espera*, Buenos Aires: Librerías Anaconda 1933.
- TERÁN, OSCAR: *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires: Punto Sur 1991.
- VIÑAS, DAVID: *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires: Jorge Álvarez 1964.
- VOLOSHINOV, VALENTÍN: *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, Buenos Aires: Nueva Visión 1976.
- WILLIAMS, RAYMOND: *Marxism and Literature*, Oxford: Oxford UP 1977.